

consideran como señales de su indiferencia ó de su cólera; siendo así que siempre y en todas ocasiones son pruebas sensibles de su paternal amor. El mismo fuego que reduce las pajas á ceniza, purifica el oro, y le hace más resplandeciente. No se te piden nuevas cruces, nuevas mortificaciones, mayores penitencias; contentase Dios con que recibas de su mano con espíritu de penitencia los trabajos que sufres en tu familia, en tu empleo y en tu estado. No quiere que te empeñes, por decirlo así, en nuevos gastos; solo desea que te aproveches de los que haces, sufriendo con paciencia y con cristiana resignacion lo que padeces. ¡Qué dolor, gran Dios, el de no haberse aprovechado de las cruces!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es mucha desgracia estar padeciendo siempre, y perder el fruto de lo que se padece. Pues esta es puntualmente la suerte de los que no saben aprovecharse de las cruces, ni recibirlas con el espíritu con que el Señor las envía. No solo pierden el fruto, sino que aumentan el peso; no se pierde gota de la amargura que traen consigo los trabajos, cuando se llevan con impaciencia y con enfado.

Si fueran verdaderos males las adversidades, no las hubiera sembrado en todos los caminos y en todos los estados el mismo Jesucristo, aquel soberano médico, aquel benéfico maestro, aquel amoroso padre. No hay en ellas otro mal que la mala disposicion con que las recibes: quita esta, y cesará toda la amargura. Cuando los humores están destemplados, parecen amargos los manjares más dulces.

Esas mismas cruces de que tanto te quejas, fueron las delicias de los mayores santos. No hubo siquiera uno entre todos ellos que no hubiese reputado las en-

fermedades, la pérdida de los bienes, las desgracias y todas las calamidades de la vida, como señales ciertas de predestinacion; y con efecto lo fueron para los que supieron aprovecharse de ellas. En tu mano está que sean lo mismo para tí. Fuera de eso, son un copioso manantial de merecimientos; en poco tiempo se hace rico para el cielo el que con todo sabe hacer comercio. Grande ejemplo de esto nos presenta hoy á todos santa Vautrudis.

Son las cruces el veneno más activo para el amor propio. Pocas armas hay mejores para vencer á los enemigos de nuestra salvacion. *La fuerza, dice san Pablo, se aumenta con la flaqueza: por eso me complace en los oprobios, en las miserias, en las persecuciones, en las grandes pesadumbres que padezco por Jesucristo; porque cuando soy flaco, entonces soy fuerte* (1). En verdad que san Pablo no era menos delicado que nosotros; no sentía menos sus trabajos, ni eran menos pesadas sus cruces que las nuestras; pero las recibía con otro espíritu y con muy diferentes disposiciones. No consiste la felicidad de esta vida en no tener cruces, sino en saber llevarlas.

¿Y cómo he llevado yo hasta ahora, Dios mio, las que vos me habeis enviado? Igualmente me he olvidado, así de la doctrina que me enseñasteis sobre el buen uso de los trabajos, como del ejemplo que me disteis. Conozco, Señor, lo mucho que he perdido en esto. Pero al fin me consuelo con que todavía no se ha apurado todo el cáliz; todavía tengo que padecer, pues por vuestra misericordia todavía tengo que vivir. Con el auxilio de vuestra gracia comienzo desde ahora á mirar con otros ojos las adversidades; resuelto ya á recibirlas, como señales de vuestro amor, también lo estoy á aprovecharme de ellas como de medios eficacisimos para mi eterna salvacion.

(1) II. ad Cor. 12.

JACULATORIAS.

Si bona suscepimus de manu Domini, mala quare non suscipiamus? Job 2.

Si he recibido de la mano amorosa de mi Dios tantos bienes, ¿porqué no recibiré con el mismo espíritu los males que me envía para mi bien?

Castigasti me, Domine, et eruditus sum. Jerem. 31.

Castigástemme, Señor, por mis pecados: sea bendita tu misericordia, pues de esta manera aprendí a servirte, y no ofenderte.

PROPOSITOS.

1. Puesto que no hay cosa mas comun en todos los estados y en todas las condiciones de la vida que las cruces, es importantísimo saberse aprovechar de ellas. Es este un fruto que se cria en todos los climas, y que se da en todas las tierras; pero conocen pocos lo que merece y lo que vale. A los enfermos les parece amargo, y lo desacreditan; y lo mal que saben sazónarlo los que no conocen la virtud, autoriza la errada opinion que se tiene de él. Las cruces se multiplican cuanto mas se quiere huir de ellas, y sus espinas punzan mas al que hace mas diligencias para arrancarlas. El gran secreto es tratarlas sin miedo, hasta que se erien callos para no sentirlas. Todos pueden saber este secreto, que consiste en considerar las adversidades de la vida como castigo ó remedio, y muchas veces como cariño de Dios que nos trata como trató á sus mayores amigos y á su hijo bien amado: *Qui Filio suo non pepercit*. A los verdaderos cristianos poco puede costar descubrir este misterio. Sus ojos penetran mas allá de la corteza, y no juzgan de la virtud del fruto por la hermosura aparente. Comienza desde hoy á instruirte en una facultad que te

pueda servir de tanto provecho. No mires ya las que se llaman desgracias, miserias, dolores, trabajos, pesadumbres, adversidades, sino como regalos del cielo; pues á favor de las luces de la fe, no las descubrirás con otro nombre. Si te consideras como pecador, tienes un juez; si como enfermo, un médico hábil; si como siervo fiel, un amo liberal. Imponte una como ley de recibir todos los contratiempos, ó como penitencia por tus pecados, ó como remedio de tus achaques espirituales, ó como gracias muy adecuadas para que asciendas á una eminente santidad; y luego que te suceda alguna adversidad, póstrate en tierra para rendir gracias al cielo por tan grande beneficio; besa tiernamente el crucifijo en testimonio de que recibes de buena gana aquella mortificacion, y da una limosna al primer pobre que encuentres en prueba de tu agradecimiento.

2. No basta recibir las cruces con espíritu y corazón cristiano, es menester que el exterior corresponda tambien al interior; y para esto observa los documentos siguientes. Primero: esfuérzate á mostrar el semblante mas sereno, el gesto mas apacible y todos los modales mas alegres y mas festivos el día que recibieres alguna mortificacion. Segundo: procura en cuanto sea posible no reprender ni corregir á nadie en este día, porque es fácil que la amargura del corazón se comunique á la lengua. Tercero: si buscas algun consuelo, sea á los piés de Cristo crucificado, ó en presencia del santísimo Sacramento, repitiendo aquellas palabras de David: *Bonum mihi, quia humiliasti me* (1): Ninguna cosa me tiene mas cuenta que esta humillacion. *Benedico te, Domine Deus Israel, quia tu castigasti me, et tu salvasti me* (2): Seais, mi Dios, eternamente alabado, porque me castigasteis y me salvasteis. *Domine, fortitudo mea,*

(1) Salm. 418. — (2) Tob. 11.

et refugium meum in die tribulationis (1) : El Señor es mi fortaleza y todo mi consuelo en el día de la tribulación. Cuarto : visita á los pobres en el hospital, y consuela á alguna persona atribulada con razones puramente cristianas, dándola á conocer el mérito y el inestimable valor de los trabajos. Esta espiritual industria sirve mucho para fortalecer y para tranquilizar un corazón afligido.

DIA DIEZ.

SAN MACARIO, ARZOBISPO DE ANTIOQUÍA.

San Macario, cuyas preciosas reliquias se conservan en Gante con tanta veneracion, fué de nacion armenio, de una de las casas mas illustres de todo el Oriente, y de las mas distinguidas por sus empleos y por sus conexiones. Nació hácia el fin del siglo décimo. Su padre Miguel y su madre Maria desearon que Macario, arzobispo de Antioquia, deudo muy cercano de ambos, fuese su padrino. No se sabe si era la Antioquia de Pisidia, ó la de Siria. El arzobispo le dió su nombre; y habiéndole dejado los primeros años al cuidado de sus padres, quiso despues educarle él mismo en la virtud y en el estudio de las letras. Mostró el niño un excelente ingenio, admirable natural, una inclinacion como innata á todo lo bueno, y una docilidad poco comun en los niños de su edad; con lo que hizo tan grandes progresos en sus estudios, y singularmente en la importante ciencia de la salvacion, que desde luego se persuadió el santo arzobispo de que Dios le habia escogido para vaso de eleccion, y para ser algun día

(1) Jerem. 16.



S. MACARIO, ARZ.